NIÑO GARCÍA HERNÁNDEZ

- Vamos a ver - dijo el maestro - el niño García Hernández.
- Servidor.
- Cuéntanos la invasión árabe en España.
- Sí, señor. Nosotros vivíamos tan tranquilos en nuestra península, dedicados a las labores del campo y a cardar la lana, cuando una noche oscura, aprovechando la circunstancia de que todos nuestros antepasados estaban durmiendo, llegaron los moros y se colaron de improviso. Cuando nuestros antepasados se despertaron, vieron con gran estupor que en nuestra península había miles, millones, trillones de moros. No se podía dar un paso sin que surgiera un moro por detrás de una piedra, por debajo de una mesa o por encima de un tejado. «¡Esto es una invasión!», dijo algún experto anciano, ducho en invasiones. Entonces nuestros antepasados empezaron a pensar que aquello era una molestia terrible y que había que hacer algo. Al cabo de nueve siglos ya lo tenían pensado. Las voces de disconformidad recorrieron los cuatro puntos cardinales como un reguero de pólvora. «¡Fuera!» decían unos. «¡Largo!», clamaban otros. Pero los moros se quisieron hacer los desentendidos y seguían disimulando haciendo huertas aquí y mezquitas allá. Y al ver que ni por esas, nuestros antepasados hicieron gran provisión de piedras, palos y tridentes, con los cuales hostigaron a la morisma hasta la frontera Sur. Cada antepasado nuestro había de luchar con seis mil doscientos moros. Y los moros fueron vencidos, porque para eso eran infieles. Eso es todo.
- Muy bien, niño García Hernández. Siéntate.

NIÑO OMAR BEN ALÍ

- Vamos a ver – dijo el maestro – el niño Ben Alí.
- Servidor.
- Cuéntanos la invasión árabe en España.
- Sí, señor. Nosotros vivíamos tan intranquilos en nuestras desérticas tierras, dedicados a cuidar camellos y a sacarnos la arena de los ojos, cuando una noche de media luna, alguien dijo: «Vámonos a Hispania, donde no hay desierto ni camellos ni arena que se meta en los ojos.» Nuestros antepadasos hubieron de sostener duras batallas con los hispánicos, porque eran testarudos y poco propicios a ser hospitalarios con los de allende las fronteras. Al fin dominamos la situación. El suelo de Hispania estaba hecho un asco. Tuvimos que quitar las piedras, remover el suelo, arreglar las huertas y adornar extensos terrenos con mezquitas y alhambras. Entre tanto, los hispánicos se pasaban días tumbados al pie de una higuera, con una guitarra en una mano y un racimo de uvas en la otra. Así durante nueve siglos. Al cabo de este tiempo, un avispado antepasado nuestro, dijo: «Estamos haciendo el primo. Lo estamos dejando todo hecho un primor, y cualquier día nos darán una patada en el trasero y si te vi no me acuerdo.» Y nuestros antepasados comprendieron las sabias palabras y abandonaron Hispania. Eso es todo.
- Muy bien, niño Omar Ben Alí. Siéntate.

José Luis Coll

DER SCHÜLER GARCÍA HERNÁNDEZ

"Los", sagte der Lehrer, "du, García Hernández."

"Ja, Herr Lehrer."

"Erzähle uns die Geschichte der arabischen Invasion in Spanien."

"Ja, Herr Lehrer. Wir lebten ganz ruhig auf unserer Halbinsel und beschäftigten uns mit den Arbeiten auf dem Felde und dem Kämmen von Wolle, als in einer dunklen Nacht – den Umstand ausnützend, dass unsere Vorfahren schliefen – die Mauren kamen und sich unvermutet einschlichen. Als unsere Vorfahren erwachten, sahen sie mit grossem Erstaunen, dass sich auf unserer Halbinsel Tausende, Millionen, Trillionen von Arabern aufhielten. Man konnte keinen Schritt tun, ohne dass ein Maure hinter einem Stein, unter einem Tisch oder auf einem Dach aufgetaucht wäre. 'Das ist eine Invasion!', sagte ein erfahrener Greis, der in Sachen Invasion bewandert war. Da begannen unsere Vorfahren zu merken, dass dies eine schreckliche Störung war und dass man etwas dagegen tun musste. Nach neun Jahrhunderten wussten sie dann, was zu tun war. Die Stimme der Unzufriedenheit verbreitete sich wie ein Lauffeuer in die vier Himmelsrichtungen. 'Raus!', sagten die einen. 'Fort!', schrien die anderen. Aber die Araber stellten sich taub, liessen sich nichts anmerken und legten hier einen Obstgarten an und bauten dort eine Moschee. Als sie sahen, dass alles nichts nützte, legten unsere Vorfahren ein grosses Lager an Steinen, Keulen und Dreizackspeeren an, mit welchen sie das Maurenpack bis an die Grenze im Süden verfolgten. Jeder unserer Vorfahren musste gegen sechstausendzweihundert Araber kämpfen. Und die Mauren wurden besiegt, denn schliesslich waren sie Heiden. Das ist alles."

"Sehr gut, García Hernández. Setz dich."

DER SCHÜLER OMAR BEN ALI

"Los", sagte der Lehrer, "du, Omar Ben Ali."

"Ja, Herr Lehrer."

"Erzähle uns die Geschichte der arabischen Invasion in Spanien."

"Ja, Herr Lehrer. Wir lebten ganz aufgebracht in unseren öden Ländern und beschäftigten uns damit, Kamele zu hüten und uns den Sand aus den Augen zu reiben, als eines Nachts, bei Halbmond, jemand sagte: 'Lasst uns nach Spanien ziehen, wo es weder Wüste noch Kamele noch Sand gibt, der uns in die Augen dringt.' Unsere Vorfahren mussten mit den Spaniern harte Kämpfe bestehen, weil diese Starrköpfe waren und sich wenig geneigt zeigten, zu denen von jenseits der Grenzen gastfreundlich zu sein. Schliesslich beherrschten wir die Lage. Spaniens Boden sah scheusslich aus. Wir mussten Steine herauslesen, Erde umgraben, Obst- und Gemüsegärten herrichten und weite Landstriche mit Moscheen und königlichen Palästen verschönern. Unterdessen verbrachten die Spanier Tage damit, unter einem Feigenbaum zu liegen, mit einer Gitarre in einer Hand und einem Büschel Trauben in der anderen. So ging das neun Jahrhunderte lang. Schliesslich sagte einer unserer aufgeweckten Vorfahren: 'Wir sind hier die Dummen. Wir schaffen ein Meisterwerk, und eines schönen Tages geben sie uns unter dem Motto "Aus den Augen, aus dem Sinn!" einen Tritt in den Hintern.' Unsere Vorfahren verstanden die weisen Worte und verliessen Spanien. Das ist alles."

"Sehr gut, Omar Ben Ali. Setz dich."

José Luis Coll